



A. MATEOS.
ENCUADERNADOR
Palma S^a Justo 9.
BARCELONA

21 - 10

21-11-1943

I-AA

EL BUEN SENTIDO.

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL

DE

CIENCIAS, RELIGION, MORAL CRISTIANA.

Año IV.—Tomo III.

LÉRIDA.

IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.

1878.

EL BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO IV.

Lérida, Enero de 1878.

NÚM. I.

EL MUNDO MARCHA.

Aciago ha sido para la reaccion ultramontana el año setenta y siete. Ni se ha restablecido el *Santo Oficio* en ningun pueblo, ni la celeste cólera ha fulminado sus rayos sobre los herejes y descreidos, ni la mano de Dios ha pesado sobre la cismática Rusia, ni se ha tenido noticia de ningun milagro reciente que viniese à reavivar la fé que se extingue en menoscabo de las comodidades del clero y de la ostentacion del culto. Las peregrinaciones y romerías han venido á menos, hasta en España, en términos que, al espirar el año, el censo sorprendió à todos los peregrinos, bresbíteros y romeras, tranquilos en sus hogares. El derecho divino no ha reconquistado un solo palmo de terreno, y sus representantes no son considerados sino como simples mortales por el comun de las jentes. Y para mayo dolor, ha trascurrido el año, sin que ningun nuevo dogma haya venido á interrumpir la monotonía que reina en el campo religioso desde la declaracion de la infalibilidad pontificia.

El ultramontanismo ha lidiado con el furor, con la rabia de la desesperacion en todas partes, y en todas partes ha sido vencido y humillado. Prometiase una dominacion omnimoda en España, donde tantas huellas ha dejado en las conciencias y en los hábitos su perturbador influjo, y ha te-

nido que contentarse de buen ó mal grado con un *modus vivendi*, no bien definido todavía, pero que está muy lejos de la supremacía á que aspiraba la escuela neo-católica. Sus sugerencias no han logrado del brazo secular que aplastase á los incrédulos, que amordazase la prensa racionalista, que sometiese á la aprobacion eclesiástica el pensamiento escrito, que condenase á las llamas los libros heterodoxos; y no hay que decir cuanto han amenguado estos contratiempos los bríos de la reaccion, que no ha podido desencadenarse á gusto sobre las víctimas de antemano señaladas á su rencoroso celo, ni cuanto ha alentado esta tolerancia á los espíritus pusilánimes, que no se atrevían á declararse independientes de la jurisdiccion teocrática. Los datos que arrojará el censo efectuado en 31 de diciembre último demostrarán indudablemente que el ultramontanismo tiene cada dia menos raíces en la nacion española.

Pasemos el Pirineo, y demos una ojeada á la República vecina. ¿Qué ha sucedido allí? Un duelo á muerte ha tenido lugar entre la tiranía y la libertad (1), entre la tradicion y el derecho moderno, entre la fé y el libre exámen, entre el clericalismo y los ejércitos de la emancipacion de las conciencias. En vano los ultramontanos se apoderaron por sorpresa de ventajosísimas posiciones, desde las cuales pudiesen batir impunemente los reales de sus contrarios; en vano se atrincheraron en el poder, para desde allí imponer su ley al pueblo y uncirlo una vez más al carro de su desapoderada ambicion; en vano derramaron á manos llenas el oro de las ofrendas, de los sufragios, de la piedad de los fieles, y pusieron en juego todas sus fuerzas, todas sus promesas y todas sus amenazas: el 14 de octubre la nacion francesa declaró que no queria ser ultramontana, ni clericalmente regida, y la reaccion, que no se consideraba bastante poderosa para entronizarse á despecho de la voluntad espresada

(1) No aludimos á tiranías ó libertades políticas: la tiranía y la libertad á que nos referimos son de índole exclusivamente científico-religiosa. Hacemos esta aclaracion á fin de que no se dé á ninguna de las frases de este artículo un alcance político que no tienen ni está en nuestro ánimo. No hemos venido á abogar por tal ó cual forma en el régimen político de los estados, sino por el triunfo de la justicia, sea cual fuere la forma de gobierno.

sa de un pueblo que conoce y ama sus derechos, no tuvo mas remedio que descender del alto pedestal á donde se habia encumbrado por un golpe de audacia inverosímil. Su humillacion ha sido tanto mayor, cuanto mas jactanciosos habian sido primero sus alardes de una próxima y definitiva victoria. No hay que dudarle; la herida que ha recibido en Francia, hácia las postrimerías del año setenta y siete, la procaz secta ultramontana, es de aquellas que no se curan con el tiempo.

Y la derrota del ultramontanismo francés ha sido la del ultramontanismo europeo. El jóven reino de Italia, escapado para siempre del ominoso régimen teocrático; la libre Suiza, vergel del derecho, patria de la igualdad; el Austria, auxiliar de la reaccion en otro tiempo, y hoy aliada sincera del progreso; Alemania, cuna de la filosofía moderna y freno de las orgullosas pretensiones clericales; Portugal, Inglaterra, y por decirlo de una vez todos los pueblos de Europa, han saludado con júbilo la Francia del 14 de octubre aplastando la cabeza del venenoso reptil. En cambio los neo-católicos de todo el mundo no han sabido ocultar el despecho con que han visto desvanecidas sus esperanzas de dominacion universal, que dependian en gran parte de su entronizamiento en Francia.

Y no pararon en esto sus desastres y contratiempos en el trascurso del año que acaba de fenecer. Hánse encontrado en el campo de batalla la cismática Rusia y los descendientes de Agar; y sin embargo de haber los ultramontanos afirmado, con el testimonio infalible del Pontífice, que sobre la primera pesa la mano de Dios, es lo cierto que Turquía lleva la peor parte en la contienda, pudiéndose colegir, á juzgar por los sucesos, que si la mano de Dios pesa, suavemente por supuesto, sobre el imperio moscovita, esto no obsta para que la victoria le acompañe, y se engrandezca á expensas del imperio musulman.

Cuando la guerra de Crimea, las simpatías de los ultramontanos estaban con la Rusia, y la Rusia fué vencida: hoy están del lado de los turcos, y la pobre Turquía cae desan-

grada á las plantas de su afortunada rival. Se comprende que los designios de Dios son opuestos á los de la secta neo-católica. Considerando las causas del reciente afecto que el clericalismo siente por los turcos, que son sus naturales enemigos, se nos vienen á la memoria las Cruzadas, aquellas prolongadas guerras que los pontífices fomentaron y bendijeron premiando con indulgencias á los soldados de la cruz que iban á derramar la sangre de los infieles. ¿Qué han sido, pues, las guerras religiosas, sino medios de satisfacer ambiciones hipócritamente veladas?

Afortunadamente el fanatismo va en rápida decadencia, y no ha sido el año setenta y siete de los que menos han contribuido á ello. Han quedado pendientes de solución algunos gravísimos problemas; pero ellos se resolverán pronto y de conformidad con las aspiraciones de progreso, porque en estos tiempos los acontecimientos se desenvuelven con pasmosa actividad. Hoy se hace en un año lo que nuestros abuelos concebían en un siglo. Rotos los grilletes que sujetaron el pensamiento, háse elevado en el espacio, en el cielo de la filosofía, desde donde escudriña la historia de la humanidad y sus destinos. Desde aquellas alturas ha visto en el pasado una inmensa mancha de sangre y lodo, que se extiende desde Constantino el Grande hasta nuestros días: es la mancha histórica del ultramontanismo, de esa secta que mintiendo la espiritualidad y virtudes de los essenianos, ha sido siempre materialista y sensual en el fondo, especie de saduceos vergonzantes disimulando con un baño exterior de piedad su refinado sensualismo. ¡Oh! ¿qué abominable pecado hubieron de cometer las generaciones pasadas, para que el mundo fuese condenado á sufrir siglos y siglos esa terrible plaga ultramontana ó neo-católica, peor mil veces que las diez con que oprimió y exterminó á los egipcios el Jehová del pueblo hebreo? Porque ¿qué han sido los pueblos bajo la dominación de aquella secta? El Sansón de la leyenda, moliendo con los ojos cerrados en la tahona de sus insaciables opresores. Pero los pueblos han recobrado la vista, y ya no molerán para saciar la glotonería de los parásitos so-

ciales, sino para alimentarse á sí propios con el ennoblecido fruto del trabajo. El ultramontanismo habrá de dejar de serlo, ó se morirá de hambre.

Podemos decir que la humanidad entra en un año nuevo, en el venturoso año, en la feliz época de su moral renovación. Caen los ídolos erigidos por la superstición y la ignorancia, y empieza el sentimiento, de acuerdo con la ciencia, á presentir y vislumbrar el Dios sábio, el Dios justo, el Dios regulador del universo. Como el sol barre las nieblas de la tierra, la verdad barre los errores del entendimiento. ¡Luz! ¡luz! ¡mucha luz! Que los que conozcan una verdad, la proclamen; que los que vean un error, lo denuncien: la razón humana ha despertado y necesita alimento. Siente el malestar de la pasada esclavitud, y busca anhelosa el purísimo aire de la libertad. ¡Ah! ¡cómo la vivifica y vigoriza el saludable soplo de la libertad de conciencia! En vano el asqueroso buho de la reacción se agita para caer sobre esta inapreciable conquista, sobre el más sagrado de los derechos del hombre, que es el fin de todas las usurpaciones y la muerte de todas las tiranías: la posesión de aquel derecho es ya una necesidad social, y los pueblos no dejarán arrebatarlo.

¡Bendigamos á Dios! La campaña del año setenta y siete ha sido fatal para los ultramontanos y gloriosa para la causa del progreso. El mundo marcha y se transforma, arrollando todos los obstáculos. En este movimiento regenerador, EL BUEN SENTIDO, aunque soldado de última fila, ha tenido también su parte, peleando bajo la santa enseña de la libertad y justicia contra la procacidad ultramontana. Constantemente en la brecha, no hemos conocido el desaliento. Nuestras armas han sido la razón y el Evangelio, con las cuales hemos causado algunos estragos en las tiendas enemigas, y esperamos causarlos mayores en adelante. Al venir al noble palenque de la prensa, nos propusimos cooperar al restablecimiento del cristianismo, desnaturalizado por aquellos que han pretendido ser sus legítimos intérpretes, y en este propósito nos inspiraremos hasta verlo realizado ó sucumbir en la demanda.

LA REDACCION.

BOSQUEJO EVANGÉLICO

AL ALCANCE DE LA RAZON Y DEL SENTIMIENTO.

I.

Todas las enseñanzas de Jesús vienen comprendidas y compiladas en los Mandamientos de la Ley, en las Bienaventuranzas, Obras de Misericordia, Dones y Frutos del Espíritu Santo, y muy especial y sintéticamente en la oración Dominical, ó sea oración del Padre Nuestro, según lo hicimos notar oportunamente en otros escritos anteriores en esta Revista publicados.

En cada una de estas partes puede decirse que está cifrada toda la religión cristiana; mas ellas para su mejor efecto se completan entre sí, pudiendo ser consideradas como preliminar ó simple compendio de las enseñanzas de Jesús las Bienaventuranzas, ó sea el sermón de la Montaña, el cual bien pudiera considerársele como un código de las mas encumbradas excelencias del sentimiento humano.

Y ¿qué es lo que significan las palabras del Cristo en esta su preliminar y sublime predicación? Considerémosla bien, y veremos que en ella nos recuerda la humildad y la dulzura desde luego, como compañeras de la afabilidad y benevolencia;—la resignación en los sufrimientos y tribulaciones de la vida;—el ardiente y generoso amor, sostenido por el constante cumplimiento de nuestros deberes;—la prudente tolerancia y la indulgencia para con las faltas y debilidades de nuestros semejantes;—la simpatía desinteresada y el perdón de todo corazón de las ofensas é injurias, aun en el mismo acto de recibirlas;—la pureza del corazón y la humilde y verdadera caridad;—la moderación, la mansedumbre, la paciencia, la obediencia, la fé, la firmeza y perseverancia en la justicia, el desinterés y la renuncia de todas las cosas que pudieran dar lugar al orgullo y al egoísmo;—la aspiración á la felicidad celeste, y el más sentido y

férvido reconocimiento á las bondades del Padre;—y en fin, Jesús, en representación de la voluntad divina en dicho sermón, como en todas las diferentes fases de su doctrina, igualmente que en todos los actos de su vida, ha venido á dar á las generaciones el más vivo ejemplo de las virtudes, enseñándonos amorosamente las sendas de la redención, del perfeccionamiento y de la felicidad; todo ello por otra parte sólo realizable por el buen uso de nuestra libre actividad, así en el trabajo físico, como en el intelectual y moral, y sobre todo en el *amor y caridad* para con todos nuestros hermanos, que lo son todos los hombres.

Sigamos bosquejando, después de lo dicho, las doctrinas evangélicas, siquiera sea tocando de paso los puntos que más explícitamente se refieren á la moral, á la regla de conducta que todos debiéramos observar para la elevación de nuestro sentimiento y para la mejor práctica de las virtudes, que tal debe ser nuestro principal y primordial objeto en el curso de la vida, si merecer queremos el verdadero nombre de *cristianos*.

Vosotros sois la sal de la tierra, decía en cierta ocasión el divino Maestro; *y si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor?—Vosotros sois la luz del mundo; brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á nuestro Padre, que está en los cielos.*

Siendo la sal del mundo las enseñanzas que los hombres han recibido y que á su vez han de darlas á los que las ignoran, y poseyendo aquellos en mayor ó menor grado la luz en su entendimiento, adquirida por su estudio y meditación y por sus obras mediante la gracia y misericordia de Dios, el Maestro tuvo á bien recordarles que en su buena y perseverante voluntad y en la medida de sus capacidades intelectuales y morales, procurasen no sustraerse al deber de instruir y moralizar en todo tiempo y ocasión, debiendo siempre proceder en ello con cariñosa solicitud, en un todo conforme con lo que está claramente consignado en las Obras de Misericordia, explicadas y compendiadas en el ca-

tecismo cristiano. Enseñar y dirigir á los ignorantes, tal es lo que aconseja Jesús á los hombres de luz y levantado sentimiento; pues que la luz, que es don de Dios, no debe encubrirse nunca, antes al contrario hay que manifestarla para esclarecimiento y propagacion de la verdad, debiendo por lo mismo no omitirse medio que conducir pueda á tan elevado fin, y á su vez labrar cada cual, y ante todo, el perfeccionamiento de su vida personal. Sólo cuando se une el ejemplo de las virtudes á las enseñanzas, es como se consigue el mejor fruto. Nada hay secreto ó encubierto, que poco á poco no haya de ponerse de manifiesto; pero para cada tiempo su conveniente aumento de luz y progreso, á fin de que el hombre y las sociedades puedan levantarse sucesiva y progresivamente del estupor y mareo, del estado estúpido de sus ignorancias, de sus fanatismos y errores; para lo que, debe ayudárseles á esclarecer su mente y á marchar libremente por las rectas sendas del bien imperecedero, que solo se halla en el *amor* y en la *justicia*. Tal es la *sal* á que se refiere Jesús figuradamente en sus evangélicas palabras arriba sentadas, las cuales no debieran nunca perder de vista los hombres, especialmente los que se titulan maestros, que para serlo, preciso será siempre ser primero verdaderos discípulos é imitadores de Cristo.

«No penseis que yo he venido á destruir la luz, ni los profetas; no he venido á destruirla, sino á darle cumplimiento: antes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta un solo tilde ó ápice de ella.»

Se refiere aquí Jesús al cumplimiento de la ley moral en el mundo antes de la consumacion de los siglos, con lo que viene ratificando la idea, que suele tenerse hoy ya muy generalmente, del progreso indefinido, y de cuya verdad no podrá desentenderse en lo sucesivo, al menos en absoluto, ningun ser inteligente y libre; puesto que ella habrá de ser de evidencia y conviccion para todas las humanas inteligencias, segun ahora lo es ya ciertamente para muchas. Por lo dicho se viene comprendiendo, y es leccion para los

presentes y venideros, que la moral que el Enviado predicaba al mundo era en su fondo la misma ley natural que regia á los pueblos primitivos, la que se habia enseñado por Moisés y los Profetas, inspirados por el espíritu de verdad, y la que vendrán recordando en lo futuro con mayor ó menor caudal de luz las inspiraciones y revelaciones sucesivas y gradualmente iluminadoras. Cabe persuadirse uno y poder afirmar en su fé incontrastable, que las tales graduadas iluminaciones en las diferentes manifestaciones de la revelacion espiritual, se han hecho y se harán sentir al través de los siglos por la misericordia de Dios para la direccion y salvacion de los hombres; siempre segun las necesidades de cada época, de siglo en siglo, hoy, mañana y perpetuamente en relacion y armonía con el estado de mayor ó menor adelanto de los espíritus encarnados en esta morada de expiacion y prueba. No debemos dudarle, por cuanto hallarse puede la confirmacion de este aserto en la historia y en los rasgos ostensibles de la Providencia; pudiendo convencernos una vez más, de que Dios, criador y benéfico padre de la humanidad, no ha de abandonarla nunca, y que de iluminacion en iluminacion y con su divino y suave atractivo, dentro de su celestial economía, vendrá conduciéndonos poco á poco y en la libertad al perfeccionamiento y al cabal cumplimiento de la ley, segun lo afirma Jesús en su texto evangélico. Si, efectivamente; Él en su infinita bondad habla constantemente y con ternura á las humanas inteligencias, atrayendo los corazones hácia su amor y á su seno de gloria.

«Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.— Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja c ntra tí, deja allí mismo tu ofrenda delante del Señor, y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y despues volverás á presentar tu ofrenda.»

El pensamiento religioso tal como Jesús lo recomendaba y explicaba á las gentes, contiene esencialmente dos grandes cosas, el *principio de justicia*, y el *sentimiento de*

amor hácia Dios y sus criaturas; por eso vino enalteciendo el primero, haciendo comprender la necesidad y la estricta obligacion de ser justos los hombres en todos sus actos y en sus juicios, no en apariencia y fementidamente como los escribas y fariseos, sino en la pura realidad, debiendo tener siempre presente la máxima moral tan recordada en el Evangelio: *No hagas á otro lo que no quieras para tí, y haz á los demás lo que quisieras que ellos hiciesen contigo.* Tal es el deber del hombre, y tal habrá de ser su cumplimiento, si es que quiera andar por recto camino segun las enseñanzas de Jesús. Pero además, Dios quiere que seamos todos generosos, cultivando en nuestro corazon el sentimiento del amor y de la caridad, para lo cual preciso es que nos desprendamos de todo egoismo, de toda pasion de ira y de venganza: deberemos procurar siempre la amorosa y cristiana reconciliacion con nuestros hermanos los demás hombres aun cuando fuéramos nosotros los ofendidos. El *amor* y el *perdon* en todo, la *mansedumbre* y la *humildad*, es lo que incumbe á todo corazon, á imitacion del gran ejemplo que nos legó Jesús en todos los actos de su vida. *El es el vivo ejemplo, la luz, la verdad y la vida*, el verdadero y único camino que puede conducirnos á nuestro moral engrandecimiento. Por él debiéramos procurar marchar con paso seguro y firme hácia nuestros destinos de perfeccion y gloria, que tal es el objeto y fin de nuestra creacion y redencion por la bondad y misericordia del Altísimo.

«*Habéis oído que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio.—Yo os digo más: cualquiera que mirare á una mujer con codicioso deseo, ya adulteró en su corazon.*»

En el tiempo de Jesús, y aun más en los tiempos anteriores, el sensualismo era una de las mayores plagas que venian afectando grosera y miserablemente el corazon de las generaciones, y era enfermedad que aun habia de venir contaminando á la naturaleza humana en los tiempos posteriores, pues nadie duda de cuán imperioso es todavía el brutal apego á los goces de la carne y á todas las concupis-

ciencias. La criatura racional no ha de vivir en la degradante hartura de la fornicacion; y así es que proponiéndose Jesús levantar las aspiraciones humanas de los instintos sobradamente carnales á otros goces más puros, condenó, no solamente la materialidad de los actos de ilícita sensualidad, sino que quiso y prescribió que ni aun debian los hombres hacerse reos de impuros deseos, porque el deseo innoce, el deseo que se sale de su punto de legitimidad, proviene siempre de un corazon liviano, excitado por lo comun por la mala índole y los resabios del espíritu sobradamente apegado á la materia. Y así es que con un lenguaje de fuerte impresion para producir mejor efecto en las dormidas conciencias de los hombres de su tiempo, y que á su vez sirviera para los que anduvieren por caminos de lascivia en lo porvenir, decia: «*Si tu ojo es para tí ocasion de pecar, sácalo y arrójalo fuera de tí; y si tu mano sirve de escándalo é incita á pecar, córtala y tirala lejos; pues mejor es que perezca alguno de tus miembros, que no que vaya tu cuerpo á la gehenna.*»

Mas no vayamos á tomar estas expresiones en su sentido puramente material, y sí en su sentido figurado, buscando su espíritu en la significacion verdadera de las palabras; porque nuestro deber en el estado de desarrollo de nuestra actual inteligencia y moral sentimiento, es saber traducir las cosas en su genuino sentido, en su verdadero espíritu, que es el que vivifica; debiendo reconocer, sin embargo, que aquellas simbólicas expresiones, aun en la letra, tuvieron su razon de ser, principalmente para lo atrasado de las gentes de aquellos tiempos, y tambien en los actuales hasta cierto punto; pero de todos modos, conviene penetrar el espíritu y conocerlo, para no exponerse á lamentables errores y graves preocupaciones. Por lo que toca al texto evangélico que nos ocupa, conviene comprender y no olvidarlo, que Jesús solícito en todo por arraigar el sentimiento moral en los pueblos, tuvo á bien presentar á la vista de aquellas y de las futuras generaciones la necesidad y el deber de abstenerse, no solamente de las malas palabras y acciones, sino de los ma-

los pensamientos, muy particularmente en lo que atañe á la sensualidad. No basta, no, abstenerse del mal, segun se deduce de las palabras evangélicas precedentes, sino que es necesario, preciso de todo punto, practicar el bien; para lo cual y ante todo cabe en nosotros el deber de destruir en nuestra misma naturaleza todo gérmen de mal instinto, todo principio de egoismo, dañoso manantial de nuestros desvíos y maldades; siendo por lo tanto indispensable para su debida extirpacion despertar toda nuestra moral energía, aunque haya de ser á costa de grandes sacrificios. M.

(Se continuará.)

EL AÑO NUEVO!

Es costumbre muy comun decir cuando principia un año: «¡Quiera Dios que el año nuevo sea más próspero que el pasado! porque en el anterior ¡válgame el cielo! cuántas calamidades llovieron sobre mí! Veremos, veremos si en este año se cumple conmigo aquel antiguo refran que dice: *año nuevo, vida nueva.*» Mas ¡ay! que la humanidad en masa sigue viviendo lo mismo que vivía, y el cambio apetecido no se verifica; porqué, aunque el año es nuevo, la vida prosigue siendo vieja, y con las flores de la primavera y con las nieves del invierno el hombre continúa siendo el mendigo de la creacion; que no solo son mendigos los que van cubiertos de harapos pidiendo una limosna de puerta en puerta, pues pobres, y muy pobres, suelen ser tambien aquellos otros que viven en regios alcázares, cubiertos con la púrpura y el armiño de los Césares, rodeados de todos los placeres y las comodidades de la vida. Los primeros tienen hambre en el cuerpo, los segundos tienen hambre en el alma; los primeros mañana serán hartos, los segundos quizá serán los hambrientos de muchos siglos.

¿Sabeis por qué? porque los mendigos sufren, y el sufrimiento purifica; porque los ricos gozan, y en los gozes pretenden muchos de ellos saciar la sed de su alma, sin acordarse de los muchos sedientos que llegan hasta ellos pidiéndoles el agua de la caridad.

¡Año nuevo! ¡periodo de tiempo que significas la renovacion en la naturaleza! ¡Tú cubres los árboles con su manto de esmeralda! ¡Tú extiendes en los valles la mullida alfombra de musgo! ¡Tú dibujas en los vergeles las guirnaldas de flores! ¡Tú prolongas los dias y acortas las noches! ¡Tú fotografias el progreso, porqué todo lo embelleces! ¡Tú eres la imagen de la vida! Todo cuanto hay en la creacion renace por tí! Sólo el hombre está exento de cumplir tus leyes. El año de su vida no se compone de doce meses; el año de su existencia terrenal, para unos consta de un dia, para otros de un siglo, y para algunos de muchos siglos; porque si en varias existencias no adelantan nada, si se estacionan, el año de su vida se prolonga indefinidamente: que así como para los campos el año nuevo es símil de vida, porque trae el renacimiento; del mismo modo para el hombre el año nuevo simboliza un adelanto moral é intelectual, y si este no se verifica.... ¿de qué le sirve la sucesion de sus existencias? De nada absolutamente.

El agua siempre será agua, ya esté contenida en grosera vasija de barro, ó en copa de oro cincelado, y el vino mas sabroso, «esa preciosa sangre de la tierra» como lo llama Castelar, tanto vale en un vaso de verdoso vidrio, como en artística copa de trasparente cristal: del mismo modo el espíritu no vale más ó menos porqué sea el de un pordiosero ó el de un potentado. El espíritu no entra en la vida nueva por cambiar de cuerpo; el año de su existencia se prolonga tanto como su estacionamiento; para él el año nuevo comienza cuando se regenera, cuando se engrandece, cuando se eleva sobre las miserias terrenales, cuando huye de las sombras y penetra en los mundos de la luz; sólo cuando aspira á su perfeccionamiento, principia para él un nuevo año: por esto nosotros hemos visto terminar un año, y comenzar otro, sin cantar ni el *de profundis* al que se fué, ni el *alleluya* al que ha venido. Para nosotros desgraciadamente no hay año nuevo; y si lo saluda con albriñas la humanidad, hace como aquel mendigo que habiendo llevado por espacio de dos meses una misma camisa á causa de no tener otra, volviólá del revés y se la puso de nuevo, celebrando el cambio y la limpieza. Como el pordiosero del cuento solemos hacer los hombres: volvemos del revés nuestros vicios y esclamamos muy satisfechos: ¡Año nuevo vida nueva!

Nosotros, antes de ser espiritistas, decíamos lo que dice la generalidad; mas hoy, que comprendemos en algo la eterna vida del espíritu, murmuramos con profunda melancolía: ¡Año nuevo! por tí renacerá la vegetación en los campos; el calor de tu estío derretirá la nieve de las montañas; las flores de tu primavera engalantarán los jardines; tu otoño dará sus sazonados frutos, y con ellos vivirán los pueblos; pero, ¡ah!... tu vida no fecundiza todo lo existente: que el calor de tu estío no logrará derretir la nieve del egoísmo que petrifica el corazón del hombre; ni las brisas de tu primavera harán entreabrir el sentimiento de su alma; ni la vendimia de tu otoño, que es la fiesta de la abundancia, será la vendimia de su espíritu, la recolección de los sazonados frutos de virtud, de los sabrosos racimos de caridad.

Las estaciones se suceden, y los hombres permanecen inmóviles como efigies de granito en medio de la renovación universal; mas ya que comprendemos que también para el espíritu hay año nuevo, busquemos con afán entrar en otro período de la vida. Algunos espíritus trabajan con tanto empeño, que antes de dejar la tierra consiguen entrar en un nuevo año. Estos son aquellas almas buenas que, desprendidas del interés y del lucro personal, se consagran al consuelo de los desgraciados. Estas criaturas generosas merecen que inscriban en su sepultura: *¡Cuanto te han conocido te han amado!*, precioso epitafio que lo puso en la tumba de un hombre grande y bueno la eminente escritora Concepción Arenal. Este epitafio dice todo cuanto se puede decir de un alma noble y pura.

¡Espiritistas! no nos confundamos con la multitud que dice: *¡año nuevo vida nueva!* siguiendo con sus antiguos vicios y sus malas costumbres. Tengamos vida nueva, sí, odiando el delito y compadeciendo y amando al delincuente, vistiendo al huérfano, consolando á la viuda, amando á la humanidad en conjunto y á los pobres en particular, practicando los mandamientos del Evangelio, que es el código de los códigos.

No basta decir soy espiritista; hay que ser espiritista racionalista, *esencialista*, como dijo un espíritu. La razón es la esencia de Dios, y Dios es amor; luego su esencia es la caridad, y al titularnos esencialistas, tenemos que ser humildes y caritativos con todos los desgraciados, y entonces, solo entonces, entraremos en el año nuevo del espíritu.

¡Año 78! bienvenido seas, si en el transcurso de tus días progresamos lo bastante para que nuestro espíritu alborozado cante el *alleluya* de su adelanto. ¡Quién sabe! ¿romperemos nuestras cadenas ó cometeremos desaciertos? ¿Seremos los profetas del progreso, ó los secuaces del oscurantismo? ¡Solo Dios lo sabe! Nosotros solo podemos decir que somos amantes de la verdadera civilización, que es la fraternidad universal, y que deseamos ardientemente que la humanidad progrese, para que tengan los espíritus grandes medios de acción; y cuando el año nuevo les devuelva á los campos la vida, bendigan con santa gratitud las almas regeneradas el *año nuevo* de su redención.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

REVISTA HISTÓRICA.

ABOLICION DE LA COMPAÑIA DE JESÚS, Y MUERTE DE CLEMENTE XIV.

Al espirar con el año 1768 el papa Clemente XIII, acérrimo sostenedor de los Jesuitas, la misteriosa y temida institución fundada dos siglos antes por Ignacio de Loyola estaba amenazada de inmediata muerte. Expulsada de Portugal, (cuyo rey había sido víctima de un atentado atribuido á los reverendos Padres), de Francia, España, las Dos Sicilias, como igualmente de Parma, Módena, Baviera y Venecia, era de temer que si ascendía á la santa sede un pontífice menos adicto á la orden, diese oídos á los clamores de Europa y aboliese de una vez para siempre una sociedad sobre la cual lanzaban gravísimas acusaciones los más católicos monarcas. El proceso formado en Portugal, por el atentado contra la vida de José I, á los Jesuitas Malagrida, quemado en un auto de fé, Matto y Alejandro de Souza, que fueron condenados á ser descuartizados vivos, había tenido inmensa resonancia, y ningun rey se consideraba seguro en su trono mientras subsistiese la orden de los hijos de Loyola. Evocábase el asesinato de Guillermo de Nassau en 1585, el de Enrique III en 1589, el de Enrique IV en 1610, y estos y otros muchos recuerdos, unidos á los acontecimientos recientes, levantaban tal tempestad de maldiciones y odios, que no era aventurado predecir para un día no lejano la estrepitosa caída de los que habían sabido granjearse la animadversión de príncipes y de pueblos.

No es, pues, de maravillar, sentadas estas premisas, que los Jesuitas pusiesen en juego toda su influencia y poder para que fuese elevado á la sede pontificia un papa de su devoción á la muerte del octogenario Clemente. Con este objeto procu-

raron acelerar la reunion del cónclave, creyendo que la elección había de serles favorable, dado que aquél se componía en su mayor parte de prelados italianos afectos á la Compañía, y en efecto lograron que se reuniese trece días después de la muerte del pontífice; pero el embajador de Francia desbarató los jesuíticos planes declarando que ni el gobierno francés, como ni tampoco España y Nápoles, acatarían la elección, si no se daba tiempo á que llegasen los cardenales españoles y franceses.

Sometióse el cónclave, y continuó reunido por espacio de tres meses, durante los cuales se cruzaron toda clase de medios y de intrigas tanto de parte de los amigos como de los adversarios de la poderosa Compañía. Ni unos ni otros se daban punto de reposo para inclinar el cónclave á sus respectivas miras y recabar sus sufragios. Si diestro era Ricci, general de la orden, no lo era menos el cardenal de Bernis. Por fin, en Mayo de 1769 fué exaltado á la silla del Pescador el célebre Lorenzo Ganganelli, que trocó su nombre por el de Clemente XIV. A su elevación, contaba sesenta y tres años de edad el nuevo papa.

Mostróse desde el principio digno de su elevada investidura, y tanto por sus virtudes como por su ilustración fué uno de los más distinguidos pontífices. «Educado, dice un escritor, con los principios de la sana filosofía, si viviera más tiempo acaso habría reconciliado á los pueblos con las doctrinas de la iglesia romana reconciliando á estas con la razón.»

Ignórase si anteriormente á su elección había empeñado alguna promesa de abolir la orden cuyos individuos traían tan revueltos los estados; pero no cabe duda que contribuyeron no poco á que resultase elegido las esperanzas que se alimentaban de que llevaría á cabo esta saludable medida. Constreñíale á que así lo hiciese, reiterando en este sentido sus demandas, el rey D. Carlos III; más la empresa era árdua, y el pontífice fluctuaba entre las justas reclamaciones de los unos y los temores que le infundían los tenebrosos manejos de los otros. «Yo creo que los miembros de la Compañía de Jesús—decía Clemente en una carta al rey de España—se

han hecho merecedores de su ruina por su carácter turbulento y por la audacia de sus intrigas»; sin embargo, no se atrevía á disolver un ejército numeroso y disciplinado cuyos jefes no se recataban de proferir amenazas capaces de atemorizar los ánimos más templados.

«Roma—añade el escritor aludido—estaba llena de Jesuitas; todas las casas ricas y de dignatarios eran frecuentadas por ellos; eran intendentes de los maridos, directores de las mujeres y preceptores de los hijos; hacían los honores de la mesa, y mandaban en la cocina, en la sacristía, en el teatro y en el tribunal.» No eran, de consiguiente, infundados los temores de Ganganelli, ni era de estrañar que se apoderase de su alma un lúgubre presentimiento cuantas veces meditaba en orden á la abolición del Jesuitismo.

Por aquella sazón cayó de la gracia de Luis XV su consejero Choiseul, pasando á ocupar su lugar en el consejo áulico del monarca la famosa Juana Vaubernier, la célebre condesa Dubarry, protectora de la Compañía, cuyos miembros, hábiles en esto como en todo, habían sabido lisonjearla. Juzgándose, con el eficaz apoyo de la favorita, omnipotentes, dieron rienda suelta á su ambición y á sus instintos. En Roma, láminas insultantes, cuadros asquerosos y amenazas mal disimuladas hicieron comprender á Clemente XIV que se desconfiaba de él y que sus recelosos enemigos acariciaban el propósito de envolverle en sus venganzas. Una labradora de Valentano, movida por oculta influencia, profetiza la próxima vacante de la santa sede ante las fanáticas muchedumbres, y escribe en una de las columnas del palacio pontificio estas misteriosas iniciales:

P. S. S. V.

Al verlas Clemente, el presentimiento que constantemente le embargaba le hizo penetrar su significado. *Presto será sede vacante*, balbuceó con voz desfallecida. Adivinando que se meditaba un atentado contra su persona con apariencias de providencial castigo, quiso parar el golpe y se retiró á Castel-Gandolfo en compañía de un franciscano, amigo fiel desde los dichosos días de su infancia. Uni-

camente de las leales manos de su amigo quería tomar el alimento necesario, como si temiese que podía haberse decretado su muerte por medio del veneno.

Continuaba Carlos III apremiándole para que aboliese la Compañía de Jesús, y por más que el infeliz pontífice deseaba la abolición tanto como el Rey Católico, el miedo le aconsejaba dar largas al asunto. «Esperemos á que muera el P. Ricci, general de la orden,» decía el papa al embajador español, conde de Floridablanca. «Cuanto antes se arranca la raíz de la muela—replicaba friamente el conde—más pronto cesa el dolor»; y reiteraba con más ahínco sus instancias. Pudo, por fin, Clemente sobreponerse á sus temores, y manifestó á Floridablanca su inquebrantable resolución de terminar aquel negocio, en prueba de la cual expidió un significativo breve, permitiendo á los particulares continuar los litigios incoados contra la Compañía de Jesús, suspendidos de orden superior. Estaban rotas las hostilidades, y el papa en abierta y franca lucha con la jesuítica cohorte.

Contra lo que Clemente esperaba, la opinión pública, el pueblo en masa recibió con inequívocas demostraciones de agrado el breve pontificio, manifestando con su franca alegría que si hasta entonces había sido respetuoso con los Padres, debido era, no á simpatía ó afecto, sino á miedo. El pueblo romano besaba humildemente manos que deseaba ver quemadas; más una vez persuadido de que aquellas manos no habían de poder en adelante oprimirle, rompió la valla del temor, trocándose en sinceras demostraciones de indignación y odio el respeto simulado. ¡Pobres romanos! tan despótica era la servidumbre que los abrumaba, tan espesas las tinieblas de su menguado horizonte, que creyeron ver todo un nuevo cielo y toda una nueva vida en aquel débil reflejo del sol de la libertad.

Millares de procesos suspendidos siguieron su curso en los tribunales, al mismo tiempo que se incoaban otros. Tantas iniquidades habían quedado impunes, tantos abusos y atropellos se habían consumado en menosprecio de to-

das las leyes humanas y divinas, que habia hambre, verdadera hambre de reparacion y de justicia. No se abusa por más de dos siglos de la postracion de un pueblo sin que se despierten grandes odios.

Los procesos descubrieron muchas intrigas ocultas, enormes deudas no honrosamente contraidas y los medios no muy decorosos de pagarlas, el despilfarro, la viciosa administracion y los desórdenes del instituto. Tres visitadores nombrados por Ganganelli confiscaron las propiedades del renombrado *Colegio Romano*, que fueron devueltas á sus legítimos dueños, juntamente con las alhajas, que fueron depositadas en el monte-pio, y abundantes provisiones, que se vendieron en pública subasta. Otros visitadores recorrían las legaciones y tomaban las mismas ó parecidas medidas con aplauso general. Hubo prelados, entre ellos el arzobispo de Bolonia, cardenal Malvezzi, que se estremaron en la persecucion de los Jesuitas, hasta hacer encarcelar á muchos.

Todo esto, sin embargo, no fué suficiente para que desistiesen de sus enérgicas reclamaciones las casas de Borbon y de Braganza, que no se contentaban con menos que con la definitiva abolicion del Jesuitismo. Bien conocia Clemente que la paz de la Iglesia, la felicidad de los pueblos y la pureza de la religion cristiana exigian imperiosamente lo mismo que Portugal y España reclamaban; pero, ¡era tan peligroso querer aplastar al gigante de la época! Desechando por último el venerable y virtuoso pontífice todo lo que pudiera parecer debilidad, firma la famosa bula *Dominus ac Redemptor*, por la cual se anunciaba al mundo católico que la *Sociedad de Jesús* habia dejado de existir. Todos los escritores imparciales convienen en que tan luego como Clemente XIV hubo estampado su firma al pié de aquel memorable documento, dijo con entera voz estas ó parecidas palabras: «Queda suprimida: no me arrepiento de lo hecho, porque lo he meditado mucho; pero esta supresion me costará la vida.»

Notense bien estas palabras del infortunado pontífice,

que revelan sin género alguno de duda cuán temible, cuán pavoroso habia de ser el Jesuitismo, cuando ni la tiara se consideraba á cubierto de sus golpes. Pálido estaba Clemente al pronunciarlas, previendo que el rayo de la venganza no respetaria su cabeza. Sabia por la historia de los dos últimos siglos que los grandes enemigos de los Jesuitas habian sucumbido miserablemente, víctimas de un poder oculto y sanguinario que no reparaba en los medios á trueque de llegar al fin apetecido, y érale imposible desechar el presentimiento de una muerte próxima, de un sacrilego atentado. El rumor de lúgubres profecías se estendia por la ciudad y llegaba hasta sus oídos, sin que se pudiese descubrir su misterioso origen ni aplastar la cabeza de la víbora; porque los arúspices se ocultaban en las sombras, y la víbora tenia miles de cabezas. De esta suerte se iba preparando al pueblo, de sí fanático é ignorante, para que, al consumarse el sacrificio, atribuyese á providencial castigo, por la supresion de la orden, lo que no seria sino un golpe certero de una mano criminal. ¡Ah! no era de admirar que los más negros presentimientos embargasen el ánimo del papa!

El breve *Dominus ac Redemptor* fué promulgado el día 21 de Julio del año 1772, esto es, 41 años 11 meses y 7 dias antes de la bula de Pio VII, que restableció la Compañía. Es de tal importancia aquel documento, que juzgamos conveniente transcribirlo para enseñanza y edificacion de aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido ocasion de leerlo, ocasion que les ofreceremos en el próximo cuaderno de EL BUEN SENTIDO, antes de terminar estos apuntes en la parte que se refiere á la desgraciada muerte del virtuoso Ganganelli.

J. VERNET.

VARIEDADES.

EL ULTRAMONTANISMO

Soy el Genio del mal. Nací al abrigo
Del alegórico árbol del Eden,
Para servir al hombre de castigo:
Que allí donde yo voy, viene conmigo
El mal velado en aparente bien.

Fuó la serpiente astuta, fementida,
Hipócrita, cruel, de orgullo henchida,
Que del hombre torcer supo la suerte
Haciéndole comer fruto de muerte,
Que el infeliz creyó fruto de vida.

Fuó Cain, practicando exteriormente
Un culto que del alma no emanaba;
Que al tiempo de ofrecer vano presente
Al Dios que está en los cielos, inclemente,
La muerte de su hermano meditaba.

Yo de Lot escusé el horrendo incesto,
El fraude de Jacob, el robo insano
Del pueblo de Israel, bajo el pretesto
De haberlo justamente así dispuesto
La Providencia con su sabia mano.

Yo en Jericó, con religioso anhelo,
De la ferocidad hice un deber;

Y el pueblo de Israel, ardiendo en celo
Y tomando mi voz por voz del cielo,
Ni al niño perdonó, ni á la mujer.

Fué, con los Jueces, colosal mi influencia;
Inmenso, con los Reyes, mi dominio;
Fué mi ley oprimir toda conciencia;
Fué siempre mi consejo la violencia,
Mi suprema razon el exterminio.

Vino Jesús. Con santa valentía
Condenó mi engañosa hipocresía,
Arrojóme del templo á latigazos,
Y pretendió romper en mil pedazos
Las cadenas del pueblo, que gemia:

Pero yo, con la ley siempre en los labios
Y henchido el corazon de iniquidad,
La alarma lleve al campo de los *sabios*,
Y juramos vengar tantos agravios
En quien mostraba al pueblo la verdad.

Las fanáticas turbas concitamos
Contra el apóstol de la nueva luz;
Como traidor al César le acusamos,
Y de pedir su sangre no cesamos
Hasta verle clavado en una cruz.

Mas tarde, cuando ví que el Cristianismo
Lograba los palacios escalar,
«Mio será—esclamé—tu triunfo mi smo;
Yo engendraré en tu seno el fanatismo;
Yo sabré con tus máximas medrar.»

E híceme cristiano. ¿Quién no ha visto
Que desde entonces sin rival existo,
Que es grande, que es inmenso mi poder?
¿Y no he logrado, proclamando á Cristo,
El farisaico culto establecer?

A torrentes la sangre he derramado
Por defender la santa religion:
Testigo el fanatismo del cruzado;
Testigo tanto herege chamuscado
En las hogueras de la Inquisicion,

¡Oh Santo Oficio!... En tí cifro mi gloria;
 Tú simbolizas mi ardorosa fé;
 Tú purificas la humanal escoria:
 Grabado queda en tu piadosa historia
 Lo que fuí, lo que soy, lo que seré.

ISIDORO PELLICER.

EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS.

De él hemos venido y á él he-
 mos de volver.

A vosotros pobladores de ese espacio vasto, inmenso, ilimitado é infinito, dirijo mi voz suplicante, para que hagais que un rayo de inspiracion sublime brote en mi mente, y pueda cantar las magnificas bellezas de vuestro mundo etéreo.

¿Qué podré decir del mundo de los Espíritus, que no hayan dicho ya inteligencias superiores? ¿Qué colores podré verter en mi pobre paleta, para poder imitar las diáfanas, brillantes y armónicas tintas de vuestra pura atmósfera? ¿De qué esencias me valdré para que puedan compararse á los perfumes delicados de vuestras vivificantes brisas? ¡Ah! ¡Pobres, muy pobres son mis recursos para intentar tan árdua empresa! Todos mis conceptos palidecerán por la poderosa fuerza de la luz de vuestra grandeza. Perdonad, pues, mi atrevimiento.

La base que tenemos para asentar nuestras opiniones, es la que los mismos Espíritus nos han proporcionado por la revelacion. Así es, que un conocimiento estenso y profundo no lo tenemos. Podemos haber sido ilustrados con buena fé, benéficos principios y alta sabiduría; como podemos haber sido inocentes crédulos de un conjunto de fábulas á cual mas halagadora.

Si fuera posible á nuestro espíritu dominar y vencer el obstáculo de la materia y recordar las diferentes etapas de nuestra vida espiritual, nuestras afirmaciones serian infaliblemente irrefutables; pero no es así, y por eso vacilamos y hemos de menester auxilio y luz clara que ilumine la senda que pisamos.

¿Sabemos nosotros qué es el espíritu, de qué sustancia se compone, cuál ha sido su principio y cuál será su fin? Nuestras afirmaciones en uno ú otro sentido no pueden ser absolutas, y procuraremos demostrar el por qué.

Nosotros entendemos por espíritu ó alma, una sustancia etérea, impalpable, incolora, inodora y libre de las apreciaciones de nuestra vista material. ¿Podemos asegurar si es ó no materia? La recta razon nos dice que no, y acatamos su conclusion; pero supongamos que fuese una sutilísima materia que reuniera las condiciones que atribuimos al espíritu: ¿de qué medios nos valdríamos para conocerla? Desde luego podemos estar convencidos de que Dios con su infinita sabiduría nos los habria proporcionado, puesto que las obras perfectas del Soberano Autor de la creacion son claras como las aguas tranquilas y trasparentes del azulado lago. (1)

Desengañense, pues, los que creen en la materia alma, y llaman milagrosas é impenetrables las diversas obras de la naturaleza; pues la ciencia, divino destello del Señor, nos hará descubrir, descomponer y analizar todo lo que, para nuestro bien, ha colocado Dios á nuestro alcance.

Por el espiritismo sabemos, y la razon lo autoriza, que el espíritu es, *en un principio*, sencillo, débil é inocente, y que, por las reencarnaciones y al amparo del soplo del progreso, adquiere solidéz, fuerzas y conocimientos, cualidades naturales é indispensables para alcanzar sus altos y nobles triunfos segun los sapientísimos designios del Hacedor.

El cuerpo material es un instrumento de utilísimo servicio para el espíritu, pues él le ayuda no sólo á progresar, sino que le dá medios de apreciar y disfrutar de aquellos goces y bienes que Dios ha puesto en relacion con los espíritus encarnados durante su peregrinacion por este mundo. Por eso el hombre (espíritu encarnado) tiene el imprescindible deber de cuidar y atender á su conservacion, como su mas preciado tesoro, estando muy interesado en procurar aumentar sus

(1) A pesar de esta claridad, el hombre no llegará jamás á conocer los orígenes y naturaleza íntima de las cosas; porque este conocimiento supone una sabiduría infinita, propia exclusivamente de la Inteligencia universal. Si llegásemos á descubrir los orígenes y esencias de las cosas, poseeríamos el secreto de la creacion, ó sea de la naturaleza, y seríamos dioses. El hombre no podrá conocer jamás sino relaciones y modificaciones.

fuerzas, en lo posible, por medio de los alimentos y ejercicios convenientes y eficaces.

Nosotros por ningún concepto podemos admitir lo que algunos hombres que se llaman materialistas pregonan, afirmando que al morir el cuerpo muere también el alma.

¿A ser así ¿no sería mucho más preferible la condición del bruto? ¿De qué serviría nuestro noble afán en mejorarnos, si no brillara en nuestro espíritu la luz purísima de la inmortalidad?

¡Cuán grande será nuestro gozo si al volver al mundo de los espíritus podemos recorrer aquellos espacios que, á nuestra partida, nos eran inaccesibles! ¡Cuán grande será el placer que experimentaremos al podernos sumergir en aquellos dilatados océanos de luz! Esta esperanza, esta inefable dicha futura, despierta nuestro deseo, nuestro noble afán de alcanzar nuestro adelanto como consecuencia de la gloria sacrosanta á que aspiramos.

¡Bendito Espiritismo! á ti sólo debemos el conocimiento de un bien tan inefable! ¡Tu luz benéfica ha sido la antorcha que ha iluminado el santuario de nuestra conciencia! ¡Tu voz grata y penetrante repite á cada momento al oído de nuestra alma: «*Nosce te ipsum!*»

Este precepto de Apolo, que los filósofos griegos hicieron grabar con caracteres de oro en el frontispicio del templo de Delfos, es una prudente advertencia que los hombres deberíamos tener muy presente como punto de partida del progreso moral é intelectual.

«*Conócete á ti mismo*» no significa, como algunos creen, el conocimiento del cuerpo; se refiere al conocimiento del espíritu, estudio noble y delicado de la mayor importancia. Los antiguos, al encarecer la observancia de tan sapientísimo precepto, querían decir: Aprende á conocer bien tu alma, para que puedas no solo endulzar las amarguras de la vida presente, sino gozar de las delicias de la vida futura.

¿Qué otra cosa nos dice el Espiritismo? ¿Y cómo no, si sabe que el conocimiento de sí mismo es la vara mágica, el talisman invencible con que podemos franquearnos, después que la muerte nos libre de este destierro, el camino que conduce á las diversas posesiones del mundo de los Espíritus?

El viaje al mundo de los Espíritus ha sido considerado hasta el presente como el más peligroso por unos, como increi-

ble, por otros. La superchería y la maldad lo habían pintado con tan terroríficos colores, que lejos de verlo como una consecuencia natural y necesaria, mirábase como lo más contrario á la razón y á la justicia, como una imperfección inverosímil; pues la idea terrible de un castigo eterno sin la grata esperanza de la libertad, engendraba la desesperación ó el odio contra el autor de una ley tan arbitraria y detestable. Pero afortunadamente, después que la ciencia y el Espiritismo han demostrado que debían desecharse aquellos conceptos terroríficos, respiramos más libremente, y, con más razón y lógica, vemos en la muerte la amiga cariñosa que nos sonríe y encamina al mundo de los Espíritus.

Hoy emprendemos el camino, cuando la hora llega, con la confianza por guía y la conformidad por norte. Hoy ya sabemos que aquel castigo sin rehabilitación era solo una pesadilla con que queríase turbar el sueño delicioso de que gozábamos cuando al arrullo del pensamiento del porvenir nos adormíamos; inútil amenazador fantasma que concibiera la mente de algún poeta escesivamente trágico, y que «la conveniencia y fines particulares» han sustentado por tanto tiempo sobre un pedestal ficticio, artísticamente disimulado.

Hoy fervorosamente pedimos que la *turbación* que ocasiona el viaje sea lo más corta posible, á fin de que no se haga esperar la agradable sorpresa que debe experimentarse al volver al *Mundo de los Espíritus*.

JOSÉ ARRUFAT HERRERO.

¡CASTIGO DE DIOS!...

FRAGMENTO DE UNOS APUNTES SOBRE CUESTIONES FILOSÓFICO-RELIGIOSAS. (1)

¡Pobre idea deben tener de la infinita justicia de Dios los que solo la reconocen cuando recae sobre sus adversarios políticos ó religiosos!

La justicia de Dios, que, como infinita, alcanza así al más hu-

(1) Su autor es un amigo nuestro, comandante de caballería, persona muy ilustrada y que tiene una particular afición á esta clase de estudios.

milde como al mas encumbrado, á la tierra como al resto del universo, á todo y á todos, está á demasiada altura para que un simple mortal pueda conocer cuando el Omnipotente quiere darle pruebas de que existe *sobre la tierra*.

Es muy cómodo, y bastante general por desgracia en los secretarios de las diferentes *religiones*, calificar de *castigo de Dios* la desgracia ó la ineptitud del adversario, y de proteccion divina la fortuna ó la diligencia del amigo; no faltando casos en que unos y otros califican viceversa los mismos acontecimientos, suponiendo á Dios, la verdad absoluta, en contradiccion consigo mismo. La justicia de Dios es eterna, invariable é infalible; es la misma hoy que en el principio de los tiempos; péna ó premia, no la obra material, que no siempre está de acuerdo con el sentimiento del que la ejecuta, sino el espíritu bueno ó malo que domina en el que obra. No así la justicia humana, que, además de las afecciones y pasiones á que están sometidos los jueces, sólo puede juzgar por exterioridades que resultan del proceso para absolver ó imponer al delincuente el castigo. Sobre ésta, podemos los hombres discurrir y aducir pruebas; pero la justicia de Dios sobre hechos sociales ó personales, lo repetiremos, está tan infinitamente elevada, que apenas puede vislumbrarla el espíritu, la conciencia del que la experimenta.

Lo que estamos presenciando cada día es prueba palpable del cumplimiento de las leyes eternas é inmutables, entre las que está la de que toda causa ha de tener su efecto.

¡Castigo de Dios!... Esta exclamacion, tan generalizada en la sociedad humana entre los prosélitos de todas las creencias religiosas, es una verdadera blasfemia si se profiere en el sentido de que Dios sea la causa inmediata de nuestros sufrimientos ó amarguras.

Pongamos un ejemplo práctico. De un matrimonio demacrado á causa de su prostitucion, nace una criatura raquítica y enfermiza, á la que, sin embargo, profesa su desdichada madre un entrañable cariño, que añade á sus buscados padecimientos físicos el moral, el del espíritu, al ver la desdicha de la infeliz criatura. Atribuir en este caso á castigo de Dios, esto es á justicia de Dios, el sufrimiento y dolencias de los padres, ¿no daría fundamento á que se atribuyesen á injusticia de Dios los dolores del inocente hijo?

Opinamos, por tanto, que para evitar esta ofensa al Dios infinitamente bueno, sabio y justo, seria mucho más lógico y verdadero decir: Se cumple, se ha cumplido, se está cumpliendo la Ley eterna de Dios: la Ley providencial se ha cumplido. Es ley eterna, inevitable é invariable de la Providencia que las causas produzcan sus naturales efectos.

Las leyes de justicia, como todas las del *único* Sér Omnipotente, se cumplen siempre. ¡Desdichados los que sólo las ven cumplirse en los adversarios! ¡Ah! ¿Qué hombre que piense no presencia alguna [de esas pruebas] en cada hora del día, en cada una de

las imprudencias que comete, en cada descuido en hacer lo que debiera, lo que dicta un criterio sano? ¿Quién que se tome el trabajo de meditar un poco, no ve que la mayor parte de las calamidades sociales son efectos de imprudencias, de descuidos, de ambiciones y de vicios? ¿Quién que ratiocine y juzgue con alguna rectitud, no ve que la mayor parte de las enfermedades son efectos de la falta de higiene y de imprudencias cometidas por los hombres? ¡Castigo de Dios! No, no está bien aplicada la expresion: el castigo es una especie de venganza, y Dios es justo, es misericordioso, no es vengador, como algunos que blasonan de muy religiosos le califican. Es que se cumplen, porque no pueden menos de cumplirse, sus eternas leyes.

Permitásenos aducir otro hecho en apoyo de nuestro tema. Conocemos á un sujeto aficionado con algun exceso á las bebidas alcohólicas, y que, como consecuencia de su conducta, padece de un dolor de estómago, crónico. Hace unos días que en conversacion sobre el particular decian al tal el médico y un compañero estas ó parecidas palabras: «Tiene V. una naturaleza de bronce, y V. mismo la está destrozando con su sistema de vida: ¿No comprende V. que por cinco minutos que pueda disfrutar bebiéndose una copa, tiene despues toda una noche, y aun días enteros, de padecimientos? No conoce que estropea su estómago con las bebidas, y el poquísimo alimento que le dá?»

Ultimamente ha sido atacado de un vómito de sangre, que le ha puesto al borde del sepulcro: el vómito se ha repetido; el infeliz está casi agonizando, y, segun opinion facultativa, sin fuerzas para resistir un tercer acceso.

Ahora bien: ¿es esto castigo de Dios? Si lo es, no ha sido precisamente dispuesto para el desdichado á quien nos referimos; es el mismo que se impuso á Adán; es, en fin, que se cumplen sus leyes eternas dictadas en el principio de los tiempos, y que seguirán invariables hasta el fin, si los tiempos le tuvieran.

Dos caminos tienes, dijo el Criador al alegórico Adán; el uno conduce á la vida, el otro á la muerte; el camino del bien y el del mal. Dotado estás de inteligencia, elige.

¿Qué otra cosa está sucediendo á nuestro pobre enfermo? También se presentan ante su vista, ante su inteligencia, dos caminos; el de la vida, con un buen método, el de la muerte, con el vicio. Tiene además su ángel bueno y su ángel malo; el primero, en los amigos que le avisan aconsejándole, el segundo, *la serpiente*, en los que le incitan á gastar en copas el producto de sus ahorros.

No, no es castigo de Dios, en la verdadera acepcion de la palabra: es que se cumplen siempre sus eternas leyes; es que el hombre se busca el castigo por sí mismo; es que se cumple el espíritu de la doctrina del Cristo, de que el bien produce bien, y el mal, solo mal puede producir. El que siembra cizaña no puede recoger más que cizaña, y el mal árbol no puede dar buenos frutos.

Esto mismo lo ha traducido el vulgo en una porcion de refranes, que seria prudente no olvidar: «Quien mal anda, mal acaba».—«En el pecado va la penitencia».—«No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.»

B. O.

La respetabilidad de la persona que bajo el humilde seudónimo de *Un Aldeano* nos remite las siguientes líneas para su insercion, nos impide declinar la honra de darlas á luz en la Revista. Jurisconsulto distinguido, que ha desempeñado cargos importantes en la judicatura, no peca, sin embargo, de justo con nosotros en las frases que nos dedica, demasiado lisonjeras para que podamos considerarlas merecidas. En la seguridad de que los encomios que nos tributa no tienen más alcance que alentarnos en nuestra difícilísima empresa, le agradecemos, aunque sin aceptarlos, el buen deseo que envuelven. Solo haciendo estas salvedades podíamos publicar en EL BUEN SENTIDO el siguiente

REMITIDO.

Sr. Director de EL BUEN SENTIDO.

Muy respetable Sr. mio: hace algun tiempo que con la doctrina que propagais en vuestra Revista os habeis atraído mi corazon y constituido en guia de mi entendimiento, para desandar el camino del error y de la duda, por el que, como tantos otros, me he dejado llevar toda la vida, y emprender el de la verdad, el único por el cual se puede llegar al mayor conocimiento del Gran Dios.

Admirador del talento y de la facilidad del método con que sintetizais los puntos más culminantes de la historia de la civilizacion, cuyo movimiento inicial marcais en los hechos de la humanidad en su cuna, para venir á la gloriosa era del Cristianismo, á la redencion del hombre por el cumplimiento del deber, paréceme que leyendo vuestras producciones, mi entendimiento experimenta la plácida sensacion que el paladar al saborear el más exquisito néctar.

Lo digo ingénuamente, Sr. Director: desde que veo abierta esta cátedra de la verdad, ante la cual se verá obligada á enmudecer la musa de las mentiras, me habeis desvanecido las preocupaciones de una larga vida de enseñanzas erróneas y de conocimientos hijos del sofisma.

Estoy en via del conocimiento de lo real y positivo, animado por el espíritu divino, que hace sentir en mí la sancion de las consoladoras y justas doctrinas que profesais: y movido por la sabiduría, la templanza y la fortaleza con que procurais ilustrar á la generacion presente y sembrar semilla fecundadora para las generaciones venideras, yo el más humilde de cuantos hayan escrito, os protesto mi sincero afecto desde el fondo de mi sentimiento, os aplaudo con todo mi ánimo, y os afirmo que si yo fuera de algun valer y no os considerase tan fuerte como la importancia de vuestra empresa lo requiere, os alentaria con mi palabra á proseguir la tarea que con la mayor abnegacion habeis empezado, secundado de inteligentes y activos compañeros.

Yo bien sé que personas que se precian de ilustradas, pero tocadas de la ponzoñosa lepra del materialismo, hijo de la soberbia, desdeñan la lectura de EL BUEN SENTIDO. Es que temen á la vencedora fuerza de la razon: el orgullo venda sus ojos y les ofusca el entendimiento para no desistir de pretensiones jactanciosas, juzgando que en la consecucion de los goces materiales estriba la solucion de todos los problemas que se refieren al hombre. Es que les asusta la creencia en una nueva vida y en un Sér regulador de la justicia, y temen el juicio de sus obras y sentimientos. Pero, tenedlo por cierto, señor Director: un día ú otro esa nutrida falanje que constituye la clase media entrará en el espacio luminoso de las verdades que con tanto acierto propagais, emancipada de la supersticion, de la mentira y del error, y entónces los orgullosos, los soberbios, los mismos que hoy rechazan la buena nueva de que les hablais en las páginas de EL BUEN SENTIDO, reconocerán su falta de prevision, y su testimonio hará mas esplendoroso el triunfo de la regeneradora doctrina.

Para no molestar más vuestra atencion, Sr. Director, y la de los lectores de la Revista, concluyo estas líneas suplicándoos acepteis la seguridad de mi profunda estimacion, de mi gratitud y admiracion, por lo que valeis, por la saludable semilla que derramais y por la belleza de las formas con que engalanais vuestros escritos. ¡Adelante! Al periodo de las convulsiones politicas, que tantos regueros de sangre han dejado á la vista de los pueblos, ha de suceder otro periodo reparador, la revolucion filosófico-religiosa que ha de transformar el mundo. Los albores de este nuevo periodo se perciben ya: su luz ilumina los montes y los collados, para descender luego á los valles. Los pueblos, fatigados de un pasado de tinieblas, sonrien gozosos meciéndose en consoladoras esperanzas de un porvenir mas puro; y no está lejano el dia en que resuene en todos los ámbitos de la tierra el nuevo ¡hosanna! al Dios excelso.

Dios es el padre de todas las criaturas humanas: todos los hombres somos hermanos. ¡Caridad! ¡amor al prójimo! ¡JUSTICIA!

UN ALDEANO.

El que todo lo aguarda del mundo, sólo se ocupa en burlar las leyes de la sociedad, en sustraerse á ellas, ó en quebrantarlas si cree resultarle algún bien material del quebrantamiento. No tendrá más valor que para ocultar los medios de vivir á costa de los demás; porque su Dios no puede ser otro que el egoísmo, y su término la muerte. Donde no hay virtud no hay valor. Y ¿qué virtudes pueden prometer los egoístas? Y los soberbios y los hipócritas ¿qué virtudes pueden prometer? La historia, ese testigo de los tiempos [pasados, esa escuela de la vida, esa vida de la memoria, nos lo puede decir. Los valientes de la Edad Media daban su sangre, es cierto, pero la daban á cambio de la sonrisa de un déspota. Los caballeros en plaza dábanla también; pero la daban por disputarse la mano de una dama prostituida. Los césares y los emperadores eran también valientes, pues valor se necesitaba para ver correr las hienas y los tigres hácia los esclavos infelices que distraían los oídos de la muchedumbre con el crujido de sus huesos, cuando de la jaula no salía ningún animal, por ejemplo el león, más humanitario que los espectadores.

Algo hemos adelantado; algo más valientes somos: pero aún estamos asfixiándonos en la mefítica atmósfera de las preocupaciones y del tradicionalismo. Diganlo sino las cadenas de los esclavos y de los criminales; diganlo esas horribles guerras; esos viles garrotes; esas plazas de toros, y esos continuos duelos.

Las costumbres bárbaras que nos legaron nuestros antepasados, solo pueden desaparecer con la educación, porque la educación hace al hombre valiente, enseñándole á vencer á los demás con las armas de la prudencia, de la justicia, de la templanza, más que todo, con las armas del ejemplo, diciéndoles: «vence tus pasiones; pues ya ves como las he vencido yo en mí mismo.»

Las sociedades avanzan, porque han perdido la fuerza los enemigos. Intentan los cobardes ahogar las verdades de un sabio en un vaso de cicuta, y ese vaso de cicuta derrama la verdad por todos los siglos y por todas las sociedades. Intentan crucificar y crucifican en una cruz al Salvador del mundo, y esa cruz, en lugar de quedar enterrada con la víctima en el Gólgota, se reproduce después de cuatrocientos lustros y se extiende por todo el planeta como divisa eterna de una eterna doctrina que une á Dios con los hombres. Aparecen de nuevo verdugos á cientos, convirtiendo en crimen su ignorancia y su intransigencia, y renacen mártires á millones.

Arbués, Torquemada, Deza, Florencio, Manrique, Tabera y Loaisa tienen la cobardía de querer aprisionar el espíritu, y esa chispa divina se ríe de las hogueras, y de los garfios, y de los potros, y de los torniquetes.

No; no triunfarán los cobardes; porque los que pelean con las armas de la tierra, son muy pequeños para vencer á los que reciben la fuerza de los cielos.

Contra los soberbios, y los iracundos, y los envidiosos, habrá

siempre humildes, resignados y caritativos; y contra las sociedades de hipócritas que fragüen tenebrosos planes para resucitar siglos de negra historia, habrá otras sociedades que inspirándose en la moral purísima de Cristo extiendan su benéfico influjo por todos los países de la tierra, arrojando á los mercaderes del templo á latigazos y ostentando su bandera santa con la sentencia de Bacon:

«La mucha ciencia conduce á Dios» ¡Paso á la ciencia!

(De el *Carthago-Nova*.)

*
* *

El Siglo Futuro y *El Consultor de los Párrocos*, periódicos católicos, apostólicos y romanos, sostienen una polémica que si no fuese asquerosa, sería muy instructiva. Recorren todo el diapason ultramontano, desde las notas más graves, bajas ó soeces, hasta las más agudas ó agresivas. Las plumas de los piadosos contendientes no parecen plumas, sino navajas de muelles ó trabucos naranjeros. A los hisopazos de bilis, vinagre y ácido sulfúrico con que *El Consultor* rocía á su compañero de glorias y fatigas, contesta *El Siglo Futuro* con descargas cerradas, sin duda por un resabio de sus pasadas aficiones. Están en su cuerda, y se portan á las mil maravillas. La lástima es que no presencien el asqueroso pugilato los infelices que aun creen de buena fé que los periódicos neo-católicos propagan y defienden algo parecido al Evangelio.

O ambos periódicos están subvencionados por los *Imanes* y los *Santones* para desprestigiar el cristianismo, ó desconocen hasta los rudimentos de la moral de Jesús. ¿Es, por ventura, tirándose los trastos y los bonetes á la cara cómo se difunde la mansedumbre cristiana ó el amor á Dios y al prójimo?

*
* *

«Un colega católico, apostólico y madrileño anuncia una obra titulada «Jardin de Maria» y al hablar de los precios dice así:

«El autor, Dr. F. M. M. Marin, profesor del Seminario de Cuenca, la remite certificada por el correo enviándole 15 reales en sellos, ó un recibo de cuatro misas si son sacerdotes. Pidiendo cuatro ó más ejemplares, los dará á tres misas cada uno, que dirán *intione dantis.*»

Después anuncia unos «Avisos espirituales» mezclados con poesías de San Juan de la Cruz, «compañero de Santa Teresa,» cuyo librito lo vende á razón de una misa cada ejemplar.

¡A mí me gusta ese sistema de cambios, que podría serme utilísimo en muchos casos!

Porque ¿qué podría costarme una levita? ¿Treinta misas? Cuarenta?

¡Pues más cara me cuesta ahora y se me descose más pronto!
¡Considere V. lo que durará una levita religiosa con botones apostólicos!

¡Eso no debe romperse nunca!»

*
* *

La anterior miscelánea no es nuestra; es de *El Globo*, correspondiente al día 23 del pasado diciembre.

Nosotros no imitaremos al profesor del Seminario de Cuenca. Si algun presbítero desea suscribirse á EL BUEN SENTIDO, sépase que admitimos sellos, libranzas, letras ó dinero; pero de ninguna manera misas; pues ni por trescientas serviremos una suscripción.

*
* *

Tenemos entendido que la Redaccion de la *Revista de Lérida* se ha desprendido del lastre neo-católico que la oprimia, quedando en ella solamente el elemento racionalista. La felicitamos por su emancipacion de tan funesta tutela, y es de presumir que en adelante será nuestro colega local algo más que un papel mojado como ha sido hasta el día en que ha tirado el lastre al agua.

*
* *

En todas partes cuecen habas, y en Torrelameo á calderadas. ¡Cómo habia de consentir el celoso cura de este pueblo, mosen Francisco Franquesa, que veinte y cinco ó treinta de sus feligreses se le subiesen á las barbas, filiándose en el censo nada menos que como *cristianos espiritistas*! No habia la inquisicion á mano; pero las cosas no podian quedar así: era preciso satisfacer de un modo ú otro la vindicta religiosa: era necesario que no apareciese tan mermada la grey del solícito pastor. Y ¿qué hizo mosen Francisco?

Delante del Alcalde y otros varios vecinos borró, á pesar de las protestas del interesado, la calificación de *cristiano espiritista* con que aparecia en su respectiva cédula de inscripcion el vecino Manuel Rufat y Rius; increpóle duramente, diciendo que la cruz y el diablo no podian figurar juntos en la cédula; añadió que borraria las inscripciones religiosas de todos los espiritistas habidos y por haber; y dejó escapar la amenaza de una multa para todos los que como tales espiritistas apareciesen en el censo. A todo esto los presentes casi no se atrevian á chistar ni mistar, porque era mucha la fervorosa cólera de mosen Francisco, y la camisa no les

llegaba al cuerpo. El Alcalde, por toda medida, se cruzó de brazos. Y como opinase que la razon estaba de parte del tolerante pastor, y que solo los católicos, apostólicos y romanos podian usar del derecho de manifestar sus creencias, tomó, segun parece, el partido de consultar á la superioridad, no si habia de procederse contra mosen Francisco por el abuso cometido, sino si los espiritistas podian consignar en las cédulas de inscripcion sus opiniones religiosas.

Es de esperar que la autoridad, en cuya justicia descansamos, hara entender al cura de Torrelameo que una cosa es el libro de bautismos de la parroquia, y otra las cédulas del censo.

*
* *

Hemos tenido el gusto de recibir *La Luz de Sion*, Revista cristiana que se publica en Bogotá, y á nuestra vez le remitimos EL BUEN SENTIDO. El colega colombiano inserta en sus columnas trozos escogidos de ROMA Y EL EVANGELIO, libro cuya fama será ya imperecedera.

*
* *

De *La Revelacion* de Alicante:

El Sr. D. Ramon Alba, de Santapola, que con tanta fé como entusiasmo ha propagado y defendido en todas partes la verdad de nuestra consoladora doctrina, sirviéndose para ello hasta de su acreditado Almanaque, al tener noticia que el Sr. D. Joaquin Santos habia combatido en el Ateneo de Elche el Espiritismo, negando hasta sus más fundamentales principios, ha circulado impresa una hoja en la que reta á dicho Señor á una discusion razonada en la prensa, dejando á su eleccion la iniciacion de la polémica en el periódico que tenga por conveniente, sea ó no espiritista.

*
* *

De una Revista de *El Diario Mercantil*, tomamos lo siguiente:

•La Lagrenge estaba en New-York y tenia que ir á Boston. Dos caminos se ofrecian á los viajeros, el *Steamer* y el *Railway*. Monsieur Stankovi creyendo menos fatigante el trayecto por agua, opinó por el *Steamer*. A la mañana siguiente, en el almuerzo, se volvió á hablar del viaje y quedó adoptado el del vapor.

Pero al oír esta decision, la hija de la cantatriz, que tenia diez años, se puso á llorar.

—¿Qué tienes? la dice su madre, inquieta por aquella súbita pena.

—¡Ah! mamá, no vayas en el vapor, te lo suplico.

—¿Por qué?

—Porque esta noche he soñado que el barco chccaba con otro, se habia destrozado y te he visto en el fondo del mar.

Trataron de disuadirla; pero su madre, viendo seguía llorando, dijo:

—¿Por qué la hemos de dar un mal rato? La idea de que vamos en el *Steamer*, puede hacerle mal. Tomaremos el camino de hierro. Y por la tarde parten con el tren.

Al día siguiente, el conde Stankvrisch, que salió á pasear temprano por las calles de Boston, volvió á casa muy conmovido, y dijo á su mujer:

—El vapor que debíamos haber tomado ayer en New-York ha chocado con otro..... y se ha sumergido de golpe.... treinta pasajeros se han ahogado.

El sueño de la niña salvó la vida á sus padres.

*
* *

En algunos barrios de Lérida hay centenares de personas que ni siquiera saben á que orden de ideas se refiere la palabra *religion*. Al preguntarles los encargados de recoger, y en su caso llenar, las cédulas censales, qué religion profesaban, uno contestaba ser *jornalero*, otro *alpargatero*, otro *esquilador* (textual), etc. etc. Y sin embargo, si Lérida cuenta, supongamos, veinte mil habitantes, pasan estos por veinte mil católicos, apostólicos y romanos para la cuenta de los doscientos millones que la iglesia romana se ha asignado. No cabe duda que esta cuenta de doscientos millones tiene mucho de galana.

Si lo que se observa en Lérida respecto á la instruccion religiosa de las masas, sucede, como es de suponer, en otros pueblos y ciudades, las misiones enviadas á remotos climas á propagar el Evangelio podrian evitarse las incomodidades y peligros de un largo viaje, y cumplir su ministerio en el seno mismo de la sociedad cristiana, donde hay multitud de infelices sumidos en la mas crasa ignorancia religiosa.

*
* *

ÁTOMOS.

Soy la sonrisa del mundo
soy el iris de bonanza;
de vida, gérmen fecundo,
y un misterio el más profundo.....
—¿Quién eres?

—Soy *la esperanza*.

AMALIA.